

## ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DE LA CATEGORÍA DE «CURSO»

Mónica María Maldonado\*

### Abstract

El trabajo pretende abordar reflexivamente el concepto de «curso» en la búsqueda de desnaturalizarlo, como una manera de posibilitar su análisis a la luz de las nuevas realidades que se nos presentan a diario a docentes y directivos. Repensar esta categoría a partir del sentido con que fue construida, arraigarla en un lugar y una historia puede ayudarnos a encontrar nuevas ópticas y nuevas perspectivas para el análisis. Implica en este sentido, una manera de comenzar a preguntarnos sobre los procesos que observamos cotidianamente en nuestra práctica docente, que a veces de tan cotidianos se tornan invisibles y nos resultan de difícil objetivación.

Trabajar en investigación implica cuestionarnos acerca de muchas de las categorías que usamos con soltura desde el sentido común y ello requiere de un esfuerzo intelectual importante para desabsolutizar y desnaturalizar a las mismas. Repensarlas a partir del sentido con que fueron construidas, arraigarlas en un lugar y una historia puede ayudarnos a encontrar nuevas ópticas y nuevas perspectivas para el análisis.

En este artículo me propongo abordar la categoría de «curso» como una manera de comenzar a preguntarnos sobre los procesos que observamos a diario en nuestra práctica docente y que a veces nos resultan de difícil explicación.

En reiteradas ocasiones, cuando los docentes hablamos de un curso, en primer lugar pensamos en «un grupo» e inmediatamente quedamos atrapados en la concepción funcionalista de la estructura social pensada como un todo integrado y homogéneo. De esta manera muchos docentes nos acercamos ingenuamente a «los cursos» pensando que cada uno es «un grupo» cuya finalidad es educarse y para ello comparte un espacio común, un grupo de docentes, un preceptor y un plan de estudios. Todo pareciera tener bordes y límites claros y definidos.

---

\* Licenciada en Antropología Social y Magister en Investigación Educativa con mención socio-antropológica. Adjunto a cargo de la Cátedra de Antropología Cultural. Escuela de Ciencias de la Educación. Facultad de Filosofía y Humanidades. U.N.C. Integrante del Área de Investigación Educativa del Centro de Estudios Avanzados. U.N.C.

Reconocemos que no hay cursos iguales a otros, que en algunos es más placentero que en otros ser docentes, y a cada uno le encontramos un adjetivo calificativo que lo caracteriza, lo compartimos en las charlas del café y de alguna manera los vamos tipificando<sup>1</sup>. A unos los calificamos como cursos «muy unidos» y a otros como «desunidos» primando en nuestra calificación el carácter valorativo y positivo de la unión, de lo solidario presuponiendo o dando por sentado que esto irremisiblemente habla de conductas sanas, saludables.

Sin embargo, no entra en esa tipificación realizada en el análisis, ni la complejidad al interior del curso ni el contexto social histórico en el cual se desarrollan y adquieren sentido las relaciones, las enemistades, las divisiones, las alianzas. ¿Qué hay detrás de la unión o desunión? ¿Qué intereses están en juego? ¿Qué permite ser un integrado o un excluido? ¿De qué escuela hablamos?

### Recuperando la historia

P. Ariès<sup>2</sup> nos remite a los orígenes históricos de la escuela, cuando convivían diferentes edades y grupos sociales. Nos recuerda Ariès que en la Edad Media y a principios de la Edad Moderna la escuela primaria no existía, los conocimientos elementales de lectura, escritura, el uso de la lengua materna y lo necesario para desenvolverse en la vida se adquiría en la familia o en el oficio, por medio de un aprendizaje. La utilidad de la escuela comenzaba con el latín y terminaba cuando se llegaba al nivel de estudios latinos necesarios para ser usados en lo que cada uno requiriese. «Claro que existía en la escuela medieval una enseñanza elemental del latín: la del *Sallerio*, en el que se aprendía a leer, y que sin duda ha inspirado la primaria moderna»<sup>3</sup>.

Algunos rasgos que caracterizan a la escuela medieval son: «la ausencia de gradación en los programas, la simultaneidad de la enseñanza, la mezcla de edades y la libertad del estudiante»<sup>4</sup>, un tiempo donde la infancia o la adolescencia eran etapas que no se percibían con límites claros de edad ni de particularidad existencial.

La edad a la que se ingresaba a la escuela era variada, encontrándose entre los más jóvenes a chicos de ocho o nueve años aunque la edad promedio era alrededor de los diez once años, por lo tanto se ingresaba tarde a la escuela en relación con nuestros niños que ingresan a los cuatro o cinco años de edad. Y mientras hasta el siglo XII la escolaridad duraba hasta los catorce años aproximadamente, en los dos siglos siguientes, el colegio de la universidad transcurría de los catorce a los dieciocho años. «Pero sus contemporáneos no prestaban atención a eso y encontraban hartamente natural que un adulto que quería aprender se mezclara con una asistencia infantil, ya que lo que importaba era la discipli-

na enseñada, cualquiera fuera la edad de los estudiantes. Un adulto podía prestar atención al *Donato* en el mismo momento en que un muchacho precoz repetía el *Organon*: no había nada de raro en esa situación»<sup>5</sup>

La correlación entre la edad y los estudios es una preocupación eminentemente moderna que aparece recién por el siglo XIX y continúa hasta nuestros días; en la escuela medieval todas las edades se mezclaban en un mismo auditorio. Citando a Robert de Salisbury en el s. XII, Ariès recupera el siguiente párrafo: «Estoy viendo a los estudiantes de la escuela. Son muy numerosos (podía haber más de doscientos). Veo entre ellos a hombres de edades diversas: *pueros, adolescentes, juvenes, senes*»<sup>6</sup>.

El ingreso a la escuela por parte de los niños implicaba inmediatamente ingresar al mundo de los adultos. Hasta finales de la edad media esta situación continúa, y es recién en la modernidad cuando se comienza a plasmar una evolución inversa, muy sensible a la diferenciación y separación por edades. Pero la misma se dará en principio, solamente en los colegios; en la sociedad, el muchacho de trece a quince años es ya un hombre y comparte como tal la vida de los mayores. Acota Ariès que en la escuela se expresa un adelanto de lo que sobrevendrá años después, una opinión modernizante, que se va instituyendo en la práctica escolar y legitimando en la vida cotidiana, hasta generar una nueva sensibilidad y un nuevo tipo de relación hacia los niños y los adolescentes. Junto con ello aparece otro de los rasgos que caracteriza a la modernidad: el proceso de individualización. Los nuevos modelos de educación marcan su impronta en los procesos de socialización de niños y jóvenes.

“Con el inicio de la modernidad los códigos de saber se transformaron, y el hombre dejó de ser un pequeño microcosmos, en contacto permanente con todo el universo, para iniciar un largo exilio destinado a separarlo cada vez más de la naturaleza natural que entonces se instituye, para alejarlo de la animalidad. A partir de ahora, el hombre tendrá que convertirse en un ser civilizado, un ser cada vez más individualizado que, con el paso de los siglos se transformará en el átomo ficticio de una ‘sociedad formada por individuos’”<sup>7</sup>.

Quizá aquello que organizó la escuela moderna pasado el período de los internados, lugar de asilo de los estudiantes pobres, fueron los grandes externados, establecimientos modernos de enseñanza que tratan de homogeneizar bajo una regla común colectiva a la que debían someterse todos. Estos estatutos que se impusieron de aquí en más por mucho tiempo y fueron reproducidos e imitados en distintos lugares planteaban lo siguiente: «prohibido beber en la taberna y frecuentar los lugares de vicio, prohibido dormir fuera del colegio, armar alboroto, participar en juegos ruidosos, cantar; prohibido introducir

mujeres «a no ser que (...) estén tan bien acompañadas que el prior de la casa y los becarios se queden convencidos de que no cabrá ninguna mala sospecha»<sup>8</sup>.

### La separación como característica de la modernidad

La distancia en la relación profesor alumno, los nuevos reglamentos que organizan todos los momentos de la vida escolar, los horarios, la campana dividiendo y marcando los tiempos para cada actividad del día son algunos de los cambios que se dan en la escolaridad moderna, donde «la constitución definitiva de la regla de disciplina corona la evolución que conduce de la escuela medieval, simple aula, al colegio moderno, institución compleja no solamente de enseñanza, sino además de vigilancia y de organización de la juventud»<sup>9</sup>.

Pero volvamos a la pregunta inicial y revisemos qué dicen los historiadores sobre la existencia de los «cursos». En la edad media ya hemos mencionado que existía la simultaneidad y la repetición y que no había ningún tipo de clasificación por edad estando ausente la gradación en los programas, la separación de los tiempos y los espacios.

El curso como tal, que hoy en la vida cotidiana de las escuelas aparece como algo «natural» e inherente a la escolaridad, célula constitutiva de la estructura escolar también es un producto de la modernidad. Hoy no puede desprenderse la idea de curso de un plan de estudios gradual, con conocimientos progresivos, con determinados grupos de edad, con un lugar físico y con una duración anual, al final de la cual esos alumnos pasan al curso superior.

La misma palabra «curso» designa a la vez un continente y un contenido, un tiempo y un espacio, un recorrido y una dirección, un proceso y un grupo humano. «Se cambia de edad todos los años al mismo tiempo que de curso: ¡esto es una novedad! Antaño se conservaba durante mucho más tiempo la misma edad, y la duración de la vida, de la infancia, no se dividía en series tan cortas. El curso escolar se volvió, pues, un factor determinante del proceso de diferenciación de las edades de la infancia y la primera juventud.»<sup>10</sup>

Según Ariès en 1519 aparece el concepto moderno de curso en las escuelas de gramática y aunque en algunos casos se encontraran en una misma aula, los maestros dividían a los alumnos en grupos según su nivel de avance y se dirigían de manera particular a cada uno de ellos. Con el tiempo, se irá acentuando la diferenciación no sólo de contenidos sino de espacios y grupos etarios, hasta constituirse en ciclos regulares y definitivos que se generalizan en toda la enseñanza del mundo occidental. «La *lectio* del siglo XV se convirtió en el curso del siglo XVI. En lo sucesivo, el curso, distinguido por una termino-

logía propia, será reconocido por los teóricos de la pedagogía como el elemento esencial de una organización escolar (...)»<sup>11</sup>

Ya en el siglo XIX, los maestros acostumbran formar sus cursos en función de la edad de sus alumnos. Serán la escuela y sus cursos quienes otorguen un peso fundamental a las mínimas diferencias de edad en los sectores burgueses, no así en los sectores populares donde una vez completada la alfabetización más elemental se ingresa al mundo del trabajo, que reúne a grupos distintos en edad y donde los sujetos pueden escoger sus relaciones entre un círculo más amplio que el que se ofrece en los colegios, institutos y academias.

«La escuela medieval no distinguía al niño del adulto. El colegio de comienzos de la era moderna juntó al adolescente y al niño en el mismo régimen escolástico. Durante el siglo XVII, el oficial y el soldado introducirán en la sensibilidad la nueva noción de adolescencia: un querubín en uniforme, pero un querubín más viril. (...) Apareció un sentimiento nuevo, aunque todavía embrionario, diferente del de la infancia: el sentimiento de la adolescencia.»<sup>12</sup>

A mediados del s. XVI y durante el s. XVII, se crean las «escuelas caritativas de los pobres» o «las escuelas de beneficencia» escuelas gratuitas para niños pequeños que perseguían por finalidad enseñar las normas, las buenas costumbres, la vida honrada, la práctica y el conocimiento de la vida cristiana y a leer y escribir como una manera de sacarlos de la mendicidad e integrarlos socialmente para el trabajo. En algunas de ellas se aprendía también un oficio, hábitos de subordinación y una nueva ética del trabajo que se correspondiese con las exigencias del nuevo orden social.

A mediados del s. XVII también se incorporó a las chicas a los colegios y se fue integrando la instrucción religiosa con la laica y utilitaria. Estas escuelas para pobres, que fueron constituyendo lo que vendría a resultar una educación primaria, a fines del XVII ya atraían a los hijos de familias acomodadas de artesanos, comerciantes, burgueses; alumnos que perdieron los maestros de las escuelas tradicionales. La formación dada por maestros religiosos ofrecía más confianza y la gratuidad de las mismas atraía tanto a los niños de familias acomodadas como a los niños mendigos, los llamados «pícaros» por la literatura y la novela picaresca otorgándoles ese calificativo por su mezcla de astucia, miseria y falta de normas morales<sup>13</sup>.

Se establece una competencia desleal entre los colegios para pobres y los colegios tradicionales, claro que a los niños burgueses se les asignan espacios especiales dentro del aula. Para las costumbres de la época parece ser chocante la familiaridad en un espacio común, la escuela. Sin embargo y a pesar de ser una sociedad con marcadas jerarquías sociales, la escuela primaria se va constituyendo en ese espacio común.

Sin embargo, será la escuela secundaria la encargada durante el s. XVIII, de diferenciar y no tolerar la coexistencia de clases sociales, ya que este nivel de instrucción, queda como privilegio de una clase, dando cuenta de su condición social y proporcionando los canales para su selección y reproducción.

Así, de la indiferenciación de edades y contenidos de la edad media se pasa por un proceso de diferenciación y separación de edades, contenidos y condiciones sociales, proceso que separa edades para primaria y secundaria y que deja fuera del circuito escolar a los estudiantes de los sectores populares una vez que han aprendido los rudimentos básicos de la lectoescritura y el cálculo o terminado el ciclo primario. Aparece una nueva forma de percibir y organizar el espacio, el tiempo, los saberes. Tiempo, espacio, saberes y hombres, todo dividido, segmentado, seriado, van constituyendo una educación diferente y una subjetividad nueva, la del individuo.

### El curso en el presente

Ahora bien, volvamos a nuestro concepto de curso que es quien ha ido conduciendo de algún modo, estas digresiones. Adonde quiero arribar es justamente a cuestionar esta categoría ya que como se pudo observar es producto de un proceso histórico largo y complejo que no responde sólo a intereses pedagógicos, sino y fundamentalmente a transformaciones en el orden de lo social, económico y cultural.

El curso toma entidad propia en la modernidad, en una educación fundada en la separación y como tal es incorporado como categoría en el lenguaje de los educadores. Separar a los distintos y agrupar a los iguales para organizar la enseñanza parece ser el mandato de la modernidad.

Sin embargo, una vez incorporado el concepto al lenguaje cotidiano de la escuela, éste se oscurece y pareciera hablarnos sólo de unidad, unidad de intereses entre docentes y alumnos, entre compañeros, entre cursos del mismo nivel, y homogeneidad etaria, social, cultural, étnica y a veces, en algunos resabios arcaicos, también unidad y homogeneidad de género<sup>14</sup>.

Programas homogéneos para el grupo de iguales, y donde los iguales son pensados desde una construcción de alumno «ideal» que a determinada edad está siempre en condiciones de incorporar tal saber y realizar tal proceso. Así también se habla en la escuela de «infancia» y «adolescencia» otorgándoles al nombrarlas un sentido unívoco, como si siempre remitieran a procesos idénticos.

Es importante reflexionar sobre estas categorías ya que separación y unidad, diferenciación y uniformidad, son algunas de las cuestiones que se confunden desde el sentido común de quienes conformamos las escuelas.

Repensar el curso hoy, implica por un lado reconocer que hay una historia incorporada social, cultural e institucionalmente. Historia que no puede soslayarse y que es necesario recuperar para enriquecer la mirada. Unidad y separación coexisten en una relación dinámica y compleja. Es necesario también, pensarlo hoy no como un todo coherente y homogéneo ya que en estos tiempos de cambios profundos es importante ubicarlo en un escenario móvil e integrado por sujetos confrontados con circunstancias ambiguas, inciertas, contradictorias.

Quizá pensarlo como un producto histórico, social y cultural, como un proceso siempre dinámico de negociación entre distintos, abra posibilidades de encontrar nuevas maneras para abordar nuestras prácticas docentes.

#### Notas

<sup>1</sup> Cf. el concepto de tipificación trabajados por Berger P. y Luckmann en su libro «La construcción social de la realidad» Ed. Amorrortu. Argentina. Primera edición en castellano, 1968

<sup>2</sup> Ariès, P: «El niño y la vida familiar en el antiguo régimen». Ed: Taurus. España.

<sup>3</sup> idem: pag. 197.

<sup>4</sup> idem : pag. 201.

<sup>5</sup> idem. pag. 210.

<sup>6</sup> ibidem. pag. 211.

<sup>7</sup> Varela, J.: “Categorías espacio - temporales y socialización escolar. Del individualismo al Narcisismo” en: Escuela, Poder y Subjetivación. Jorge Larrosa. Editor. Ediciones La Piqueta. Madrid, 1995. pág. 162.

<sup>8</sup> Ariès, P: op. cit. pag. 231.

<sup>9</sup> ibidem: pag. 237.

<sup>10</sup> ibidem: pag. 240.

<sup>11</sup> idem: pag. 245

<sup>12</sup> ibidem: pag. 354.

<sup>13</sup> Cfr. Varela, J. y Alvarez - Uría, F. en “Arqueología de la escuela”. Edic. La Piqueta. Madrid. S/F. Allí aborda las diferentes naturalezas asignadas a los niños según su condición social a fines de la edad media y a comienzos de la modernidad.

<sup>14</sup> Recuérdese el caso del Colegio Nacional de Monserrat y el conflicto institucional y con la comunidad monserratense que se desató cuando el Honorable Consejo Superior de la Universidad Nacional de Córdoba votó permitiendo el ingreso de mujeres para el año 1998 en ese colegio dependiente de la Universidad. A las puertas del siglo XXI, todavía se sigue defendiendo la unidad de los iguales y la separación de los distintos, y eso atañe género, posición social, capital simbólico.

## Bibliografía

- Berger P. y Luckmann (1968) *La construcción social de la realidad*. Amorrortu. Argentina.
- Ariès, P. *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Taurus. España.
- Larrosa, J. Editor (1995): *Escuela, Poder y Subjetivación*. Ediciones La Piqueta. Madrid.
- Varela, J. y Alvarez - Uría, F (1991): *Arqueología de la escuela*. La Piqueta. Madrid.